



# DISCERNIMIENTO PERSONAL Y DISCERNIMIENTO PASTORAL

Luis María García Domínguez, SJ  
Profesor de Espiritualidad en la UP Comillas

CURSO DE FORMACIÓN PARA SACERDOTES  
*Acompañamiento y Práctica del Discernimiento*

15 de marzo de 2017

## DISCERNIMIENTO PERSONAL Y DISCERNIMIENTO PASTORAL

---

Recogemos la invitación del Papa Francisco al discernimiento; nos invita en *Amoris Laetitia* –más notablemente en este capítulo octavo de *Amoris Laetitia*–, donde quiere que pensemos, que la Iglesia, que los pastores piensen y discernan esas situaciones llamadas “irregulares” y tan variadas y tan particulares, porque no hay dos iguales. Ahí nos invita a un discernimiento, por eso yo no daré –evidentemente– soluciones, sino plantearé un poco lo que entiendo que todo discernimiento bien hecho puede aportar. El profesor Carlos María Galli, profesor de Teología argentino que conoce bien al Papa, dice y nos recuerda que el Papa Francisco no ofrece recetas, sino que invita a discernir. Yo creo que este es un estilo, un estilo de este Papa que es jesuita, pero no todos los jesuitas discernen; de modo que este Papa ha discernido mucho, nos invita a discernir, cree en el discernimiento. Dice que también él –en aquella entrevista que ofreció a la *Civiltà Católica*– en su vida ordinaria y en su modo de gobierno, en lo grande y en lo pequeño, quiere que “*el discernimiento en el Señor me guíe mi modo de gobernar*”. También cuando dice, por ejemplo, que escoge el coche pequeño o modesto para andar por Roma, lo hace pensando en algo, habiendo hecho su discernimiento. Y en otros textos también sabemos, en *Evangelii Gaudium* también aparece el tema del discernimiento, en intervenciones diversas, no sólo con los jesuitas, también nos lo recuerda; muchas veces.

Es un tema que el Papa tiene y yo creo que está transmitiendo a la Iglesia, para invitarnos a discernir. Sin embargo el Papa no habla, no cita directamente en este documento las reglas de discernimiento de San Ignacio, que lo podía haber hecho. Cita los Ejercicios pero en dos citas que no son de las reglas. Lo que cita el Papa es a San Pablo –una vez–, al Vaticano II, cita a Juan Pablo II –un par de veces por lo menos– y cita los documentos previos del Sínodo de la Familia varias veces. Las otras citas, o los otros momentos en que habla del discernimiento, lo plantea él.

Empezamos la primera parte que es “El Discernimiento, Algunos Elementos”, que me parecen a mí útiles, y la segunda parte “Hacia la Práctica del Discernimiento Pastoral”, yo querría ofrecer ahí algo un poco más práctico, no sé si va a ser mucho, a lo mejor en el diálogo se os ocurren nuevas aportaciones.

¿Qué es el discernimiento, en castellano? En castellano discernir es distinguir, distinguir una cosa de otra, ver las diferencias entre dos cosas, saber cuáles son buenas

y malas –ahí hay un poco de juicio ya–. Es tener criterio, la persona que tiene discernimiento tiene criterio, es tener capacidad para discernir, juzgar. Hay otras palabras que también se usan en torno al discernimiento: deliberar, cuando ese discernimiento se hace entre varios, a lo mejor acentúa un poco más el considerar el pro y el contra, los motivos, el discernimiento más racional parece que es la deliberación; y la resolución a la que lleva, porque al final el discernimiento parece que tiene que ver decididamente con la decisión, con decidir, con tomar –digamos– decisiones que lleven a una conducta, a un estilo, a una opción. Ese sería lo que es el discernimiento.

Hay un discernimiento natural, también desde la psicología me parece que apreciar esto cuando hablamos del discernimiento espiritual y pastoral, no va mal. Discernir es emplear un conjunto de operaciones antropológicas, humanas, naturales, es procesar los datos de la realidad que yo capto con los sentidos, que capto en forma de percepción, que elaboro a través de las facultades naturales de sentir y entender. Ese sentir y pensar lo voy elaborando hasta que llego a una conclusión y hago una decisión. De modo que decidimos, discernimos, acerca de lo que percibimos pero también de la verdad, de la autenticidad y sacamos conclusiones –vamos a decir– por lo menos probables. Evidentemente que el método cuanto más científico, más seguras serán las conclusiones, pero hasta en el método científico tenemos que poner nuestras salvedades.

En el discernimiento natural interviene todo el ser humano, interviene la percepción, interviene la emoción, interviene el entendimiento e interviene la capacidad de decisión. De modo que cuanto más madura sea una persona, sea un sujeto, más probable será su discernimiento, será más acertado. Cuando una persona, un sujeto, puede utilizar bien sus facultades mentales, entonces esa persona discernirá porque percibirá, recordará, distinguirá, comprenderá, conocerá, apreciará, juzgará... es decir, estamos hablando de una serie de funciones psíquicas, racionales, pero también perceptivas, emotivas y del uso de la memoria y de los recuerdos. También entonces si la persona madura puede discernir bien, hay que entender que personas menos maduras podrán discernir peor; estarán limitadas porque no captan tan bien los datos de la realidad, porque su memoria les falla o porque no saben elaborar convenientemente los datos que reciben. Ahí tenemos la persona humana, el sujeto, el *anthropos* está funcionando para discernir.

Nos ponemos en nuestro punto de vista a la hora de discernir o de mirar al sujeto, nuestra visión antropológica. Si tenemos una visión antropológica que acentúe mucho la visión del hombre, del ser humano como animal racional, es decir, si tendemos a

valorar esta racionalidad humana como facultad dominante e integradora del ser humano, tendremos un tipo de concepción donde lo afectivo hay que controlarlo y a lo mejor no interviene tanto –nos parece que no interviene tanto– en el discernimiento. Si nuestra visión antropológica –en la nuestra o en la de las personas con las que discernimos, por ejemplo personas que tienen problemas en la familia, en la pareja, etc.– da importancia o valor a lo afectivo, entonces pondremos más de relieve esa dimensión a la hora de discernir, que creemos que afecta más al discernimiento de lo que parece aquello que está en nuestra emotividad, en nuestra afectividad.

Tenemos emoción y razón un poco en discusión. La lectura clásica de la persona humana es muy racional, la lectura moderna. La lectura post-moderna es mucho más afectiva, y ahí estamos nosotros en el medio con una tradición ontológica y filosófica probablemente más bien moderna, pero también con una participación culturalmente afectada también y por la cultura actual en psicología, etc., que es un poco post-moderna. Esta –digamos– discusión, o primacía, o debate entre razón y emoción, hoy sigue en el aire, cuál tiene la primacía; pero en tiempos del siglo IV, cuando Evagrio Póntico nos habla de discernimiento, estaba también el debate. Leo una cita que me hizo gracia cuando la leí y la recojo porque hoy la psicología sigue igual. Dice Evagrio: “*¿Es el pensamiento que excita las pasiones o son las pasiones las que mueven el pensamiento? Se debe reflexionar, unos opinan lo primero, otros lo segundo*”. Hoy la mitad de la psicología dice que lo primero y la otra mitad que lo segundo, y la visión más afectiva inmediata y consciente, o afectiva, por ejemplo todas las corrientes psicodinámicas y psicoanalíticas, creen en una afectividad inconsciente, pero que determinará mucho la conducta humana. En todo caso, en el discernimiento hoy y ayer –porque aquellos hombres antiguos que reflexionaron mucho sobre el discernimiento lo captaron– tenemos esta opción que tomar, y en nuestro discernimiento cuando nosotros ayudemos a otros a discernir o hagamos nuestro discernimiento, tendremos que tener esta opción tomada: ¿qué creo yo que influye más en mi proceso de discernir o en la otra persona que está discerniendo, su mundo afectivo y sus memorias afectivas, o su mundo racional y del mundo de la verdad objetiva?

En conclusión de este primer apartado, el discernimiento resulta ser un conjunto de operaciones psíquicas humanas y que de alguna manera, tendremos que pensar, que obedecen a las leyes psíquicas de estas facultades humanas, a las leyes que la Psicología va descubriendo, va formulando y va explicando, y también la Filosofía y la Teología aceptan o formulan de esta manera, creo yo, el discernimiento, si queréis el proceso de llegar a la verdad y de llegar a la acción. Por citar un filósofo y teólogo, Bernard Lonergan, tiene por lo menos esa visión fuerte y potente de la mirada de cómo la

persona humana con esa intencionalidad consciente, queriendo, buscando, inquiriendo, pasando por las diversas operaciones, se va auto-trascendiendo hasta encontrarse con el salto del amor y de la fe. Filosóficamente entiende a este sujeto humano con esta capacidad de auto-trascenderse, aunque no siempre lo llama así, pero para nosotros viéndolo como una base explicativa filosófica potente, para entender ese proceso del discernimiento, que no es sólo un ejercicio intelectual o afectivo sino es algo que le va llevando al hombre a una verdad más auténtica cada día, en respuesta a su proyecto vital o su respuesta al proyecto que Dios tiene de él.

Esto es el discernimiento humano. ¿Qué es el discernimiento cristiano? Yo diría que es el discernimiento humano con algunos elementos nuevos, con algunas novedades. Partimos de ese primer encuentro con el discernimiento que hemos dicho. Ignacio de Loyola en sus reglas dice “*Reglas para en alguna manera sentir y conocer*”, ya tenemos ahí las dos piezas: la emoción y el pensamiento, el entendimiento y la voluntad – afectividad que están en juego. Eso es la operación humana antropológica pero con algunas novedades. Señalo tres que me parece a mí que es lo que aporta el discernimiento cristiano al discernimiento humano:

- La procedencia de los datos los creyentes los captamos de otras fuentes, o añadimos a las fuentes naturales del conocimiento la experiencia de la fe. Añadimos que el creyente puede orar y encontrarse con el Señor ahí, en la oración, en la vida, en los sacramentos, en la comunidad, en muchos lugares. Pero hay esa novedad de la acción de Dios, si queréis la acción de la Gracia, a través de mociones, que son consolación espiritual y desolación espiritual fundamentalmente. Pero esa es una novedad que el no creyente no distingue, aunque a veces también es movido por las mociones de Dios, pero no las reconoce como tales. El creyente discierne con el elemento también de la Gracia, por eso con frecuencia en la tradición se suele decir –lo dice San Pablo también en la Primera de Corintios, Capítulo Segundo y en varios textos– que solamente podría discernir bien el hombre que capta el Espíritu, el hombre pneumatikós. La persona “neumática” podríamos decir, la persona abierta al Espíritu que integra el Espíritu, la acción de la Gracia y las mociones de Dios con el funcionamiento normal de sus facultades psíquicas.
- Otra novedad, a mi modo de ver, es que los criterios que empleamos para juzgar y valorar ya no son sólo los criterios racionales ordinarios de todo ser humano, que también los empleamos, sino también los criterios del Evangelio, y a la luz del Evangelio unas cosas tienen un valor mayor del que a lo mejor un criterio puramente racional le ofrece. Es verdad que decimos que el Evangelio y la fe es razonable y se puede explicar, pero también que creemos en el salto, hay cosas que no se entienden

si no es desde el amor de Jesús entregado, a lo mejor. Por ejemplo, los mártires cristianos entienden en un momento determinado del mundo pagano que su vida vale menos que el amor y la fidelidad a Jesucristo, y se dejan morir. Son criterios evangélicos, si no es desde el Evangelio no se entienden. Bajando a una cosa más sencilla y más cercana al problema de la atención a estas personas con dificultades, cuando el Papa Francisco nos dice que la misericordia es un rasgo inequívoco del ser de Dios, entonces es un criterio que tenemos que emplear junto con todos los otros de la racionalidad y de la justicia. Pero el Evangelio nos aporta –el Papa nos lo recuerda pero ya lo sabíamos, o tendríamos que saberlo– elementos y en concreto con estas personas nos dice: ojo, para vuestro discernimiento este criterio de la misericordia es muy importante.

- Una tercera novedad del discernimiento cristiano sobre el discernimiento natural, es que las decisiones, las opciones que tomamos, se inscriben en un camino cristiano, se inscriben hacia un fin. Vamos hacia un fin, y a ese fin es el que van todas las decisiones que se toman en el discernimiento; son decisiones parciales, son decisiones que van poco a poco, pero van encaminadas, van ordenadas a ese fin. Y eso lo recoge toda la tradición con una palabra, una expresión, que es “buscar la voluntad de Dios”. San Juan Clímaco también –otro clásico del discernimiento– nos dice que el discernimiento sería “*la percepción segura de la voluntad divina en todo tiempo, lugar y circunstancia*”, porque el discernimiento va a ser concreto, no va a ser general, va a ser para las circunstancias. Juan Clímaco diría que eso sólo lo podrá hacer, “*se da sólo en los puros de corazón, de cuerpo y de labios*”, en esa persona pneumatikós; esa persona espiritual que nos hacen referencia a los textos antiguos cuando nos hablan de los seres más físicos y más enfáticos, pero que luego cuando vamos a la Historia, los seres incluyendo los santos y las santas, los ancianos de todos los tiempos y los ancianos de hoy, son personas que utilizan –entiendo yo– su entendimiento natural, sus facultades, al servicio y con el criterio de este discernimiento cristiano, con datos de la experiencia de Dios, con datos y criterios del Evangelio y en camino hacia ese proyecto del Padre.

El discernimiento entonces ha sucedido a lo largo de la Historia, el discernimiento cristiano lo ha hecho la Iglesia ante todo. En el Concilio de Jerusalén tiene que discernir la Iglesia a ver si sigue o no sigue y hasta qué punto esa tradición judaica de la que llegaba; el campo dogmática ha tenido que discernirse, aquella teoría era teológicamente cristiana o ya no, se separaba; o en el campo moral, o en el campo pastoral. El discernimiento cristiano entraría en muchos campos, o en todos los campos de la vida.

Algunos autores distinguen este discernimiento cristiano del discernimiento de espíritus propiamente dicho, que en ese sentido se restringiría un poco más al discernimiento de los movimientos interiores del corazón, de las mociones. Es decir, yo siento un deseo de reformar la Iglesia y tengo que discernir si ese deseo es mío, es de Dios o es del mal Espíritu, ese deseo y a lo mejor la forma con que yo me imagino que debo llevar adelante mi reforma de la Iglesia. Esto lo dicen una y otra vez todos: lo que discernimos no es si la Iglesia debe ser o no reformada, sino si mi sentimiento, mi moción, mi modo de actuar, aquello a lo que yo me siento movido, mis motivaciones, son mías, son de Dios, son del Buen Espíritu, son del malo, puramente mías que se me ocurren a mí.

Este discernimiento de espíritus, en la historia de la Iglesia donde se ha desarrollado sobre todo es en el mundo monástico. El mundo monástico de los antiguos, aquellos monjes solitarios, eremitas, que luego hicieron cenobios, ese mundo del solitario que estaba en silencio, que está toda la vida en silencio, y que en silencio se le despierta un mundo interior muy rico, un mundo interior que le revuelve por todos los lados, que le consuela pero le entristece, que aparecen allí todos los demonios y en esos demonios a veces el monje abandona la vida, el proyecto primero que a lo mejor había discernido adecuadamente. Allí está donde se elabora la doctrina de discernimientos de espíritus más fuertemente, con un colorido muy neoplatónico por un lado, por otro lado a veces más popular porque hay imágenes o visiones de estos demonios, de estos espíritus muy plásticos, otras veces con un lenguaje mucho más filosófico o más psicológico.

Todo ese mundo se va cuajando en una tradición muy larga que al final lo que dice es lo que dice la Primera Carta de San Juan, el Capítulo Cuarto: “*Discernir, no os fieis de cualquier espíritu. Discernir, examinar si vienen de Dios*”. Dice “cualquier” espíritu, todo espíritu, sopesarlos, probarlos. Hay muchos espíritus, o varios por lo menos. ¿Cuántos hay?, de alguna manera la tradición ha tenido todas las aportaciones variadas. Orígenes –ya desde bastante pronto– dice que fundamentalmente hay tres procedencias: hay espíritus que provienen de Dios, podríamos decir de sus ángeles también, del buen Espíritu; hay las que vienen del mal Espíritu, del demonio; y hay del propio yo. Esta mirada que se repite si se lee un poco despacio los textos antiguos, nos hace muy moderno esta mirada del discernimiento de espíritus, porque el propio yo tiene también su pensamiento, sus afectos y sus motivaciones, no sólo el bueno o el malo. Y estos buenos y malos espíritus, en esa tradición primera, antigua, del discernimiento de espíritus, a veces aparecen como muy externos, muy coloridos, demonios como muy físicos, y son esa literatura más espiritual pero popular.

Otros autores como digo son mucho más interiores, estos demonios que están a veces por ahí puestos, o en el aire, ya luego se meten dentro de uno y se hacen logismoi, se

hacen pensamientos, se hacen sentimientos. El logismós es un pensamiento cargado de afecto, es algo parecido de lo que va a decir Freud al final con las pulsiones; pensamiento cargado de afecto, una fuerza afectiva con un contenido racional –digamos hasta cierto punto–, y estos logismoi son algo interior. Esto creo que es más fácil de aceptar y de entender por nuestra terminología, pero está ya en aquel mundo de los antiguos. De modo que cuando un monje solitario se imagina a sí mismo como sacerdote, con gran éxito pastoral y que la gente le viene a llamar, puede ser una tentación porque este monje, que a lo mejor es incluso inculto y no era sacerdote y se ve como pastor, que hace milagros y la gente vocifera, ¿qué le ocurre?, que se llena de orgullo –todo en la imaginación– y se viene abajo, con tristeza o con otros demonios, con otros pecados capitales, con esta cadena de sentimientos que tienen relación unos con otros. Esto es lo que tiene que discernir el monje: tú tienes que ser monje, la voluntad de Dios es que seas monje o que seas sacerdote y pastor, también puede ser. Si tú un día has discernido una cosa y parece que estaba bien, quizás esto es un camino que, bajo apariencia de bien, te pone los malos espíritus.

En todo caso en los antiguos, como digo, me parece que hay mucha sabiduría psicológica: se dan cuenta de la interacción entre la razón y el afecto, captan las emociones profundas implicadas. En el mundo neoplatónico que se mueve la mayoría tienden lógicamente a controlar el mundo del afecto, hoy no sé si haríamos lo mismo o diríamos que es sano ese control – cuando es integración evidentemente es sano–, si es represión de ese mundo afectivo puede tener consecuencias que al final distorsionan también el discernimiento. El Cardenal Spidlik, cuando habla de la espiritualidad del Oriente cristiano y habla de estos sabios o de estos hombres pneumatikós que tienen esa capacidad de discernir, tienen un doble conocimiento: tienen conocimiento por experiencia de los misterios de Dios, son hombres espirituales, pero tienen también conocimiento de los secretos del corazón humano. O sea, para discernir bien hay que entender la psicología humana y también, evidentemente, ser sensibles a las mociones de Dios y captarlas, en uno mismo y en el otro que me habla.

Con palabras digamos más actuales, más psicológicas, diríamos que en definitiva estas mociones, que hay que discernir en el discernimiento de espíritus, son motivaciones, son pensamientos de los que salen acciones. Ignacio también lo pone en sus reglas: los pensamientos que salen de la consolación son distintos de los pensamientos que salen de la desolación, y estos me llevan por un camino y estos me llevan por otro. Porque los pensamientos llevan a decisiones, es decir, son motivaciones.

¿Cómo se puede discernir? Cómo esto tiene luego aplicación a la praxis con familias o con parejas, o con personas en esta problemática, ya no estoy tan seguro, pero al menos

sepamos que se puede discernir de varias maneras, y que nuestra praxis de discernimiento ayudará mucho a que sepamos discernir mejor en cualquier situación que tengamos delante.

Lo primero que hay que decir es que hay que discernir individualmente, es decir, yo tengo que discernir mis mociones, y ahí es el comienzo de todo discernimiento. Si cada uno no discierne de lo suyo, no va a poder ayudar a discernir a nadie. No es tener doctrina muy clara lo que va ayudarnos sólo a discernir, ¿por qué?, porque la doctrina se puede aprender de memoria y saberla muy bien, pero el asunto de las mociones como no tengas tú mociones, no vas a poder entender –por similitud, por connaturalidad– las mociones de la otra persona, no vas a poder captar las mociones de Dios. Si tú no distingues si tus mociones son del buen Espíritu o del malo, ¿qué discernimiento vas a ayudar a hacer a otro? Lo primero es el discernimiento individual.

¿Quién tiene que hacer este discernimiento individual?, en el caso que nos ocupa del discernimiento pastoral, pues lógicamente el pastor. El pastor tiene que hacer y tiene que estar habituado al discernimiento individual, pero también diríamos –yo creo, porque no está tan claro en el documento directamente–, entiendo que el fiel también tiene que aprender a discernir. El fiel con el que entramos en un diálogo, en un proceso de discernimiento y acompañamiento, hay que enseñarle a discernir; primero para que entienda el discernimiento que nosotros hacemos, no tiene que usar sólo la racionalidad humana, tiene que usar la racionalidad del Evangelio, la lógica del Evangelio, y tiene que abrirse a la acción de Dios en esa persona, y sólo así podrá hacer un discernimiento suyo, o entender el mío, o hacer un discernimiento compartido. Es decir, lo primero discernimiento individual, y aquí yo creo que hay un camino de enseñar también a otros a discernir cristianamente, no sólo discernir humanamente.

Segundo modo de discernir es discernir con otro, y esto es otra línea transversal y universal en la tradición del discernimiento. Alguien de fuera tiene que confirmarme el discernimiento, nadie es juez en causa propia, todos sabemos, y cuando estamos implicados sospechar que a lo mejor nuestra intención no está tan clara; alguien nos tiene que ver desde fuera. En el discernimiento cristiano de alguna manera también el discernimiento, la elección –dirá Ignacio– de hacerse dentro del ámbito de la Iglesia. Alguien me tiene que confirmar que estoy dentro del ámbito de la Iglesia, alguien de la Iglesia confirma mi discernimiento. Es garantizar también –hasta desde el punto de vista natural y humano– que tu discernimiento no está distorsionado, que pueden decir “oye, te has olvidado de tal dato”, eso es puramente humano. Desde fuera nos pueden completar, confirmar el discernimiento natural y confirmar el eclesial.

Hay otra cosa muy evidente en la historia del discernimiento, y es que no sólo que le falten datos o no sea inteligente la persona que discierne, sino nos podemos autoengañar. El mal Espíritu, a los que avanzan en la vida espiritual, los tiende a engañar bajo apariencia de bien, no con tentaciones gruesas y claras –que serán fuertes y podemos identificar bien, podemos caer en el pecado pero sabemos que es pecado– pero cuando es más sutil, el mal Espíritu no se puede ver; entonces desde dentro de uno mismo el engaño no se discierne con tanta facilidad. Esta apariencia de bien es un tema por el que entonces hay que discernir con otro. Todo discernimiento bien hecho ha de ser contrastado.

Es una tradición –como digo– en los autores, por poner otro clásico “La imitación de Cristo”: *“Porque no todo deseo procede del Espíritu Santo, aunque parezca bueno y justo al hombre”*. Porque el asunto es este: tenemos deseos malos, pero es que aunque parezca bueno y justo al hombre, puede no proceder del Espíritu Santo. *“Difícultoso es juzgar si te incita buen Espíritu o malo a desear esto o aquello, o si te mueve tu propio Espíritu”*, otra vez la tradición de los tres espíritus, o de los tres orígenes de las mociones, atraviesa toda la tradición. Desde el siglo XV con este texto, ha llegado hasta aquí aquello que dijo en el siglo II Orígenes. *“Muchos se hayan engañados al fin, que al principio parecían inspirados por el buen Espíritu”*; todavía no había ocurrido la Reforma protestante, San Juan de Ávila aludirá a estos reformadores genéricamente en algún momento, indicando que se engañaron, querían una reforma de la Iglesia pero lo hicieron mal, se engañaron al fin. Principio, medio y fin, otro elemento de la tradición que resuena las reglas de San Ignacio pero que está en la tradición y que aquí está reflejado.

Otro texto de “La imitación de Cristo”: *“Todos desean el bien y en sus dichos y hechos buscan alguna bondad”*. El libro es para monjes, para novicios, para gente cristiana, libro que ha sido muy popular, porque refleja los que quieren ir avanzando –vamos a llamarlo así ya– en la vía iluminativa, *“Por eso muchos se engañan con color de bien. La naturaleza es astuta –ya no mete aquí a los demonios– atrae así a muchos, los enreda y engaña y siempre se pone a sí misma por fin”*. ¿Qué busco, la voluntad de Dios o mi voluntad? Directamente, si lo contrasto, esto es el pecado, y evidentemente que a veces no soy fiel a la voluntad de Dios y caigo en el pecado; pero al principio parece que busco la voluntad de Dios, sólo que con una ganancia secundaria busco mi voluntad, *“se pone a sí misma por fin”*, repercute en un beneficio sobre sí mismo.

San Juan de la Cruz más tarde en una de las Cautelas que tiene, repite este mismo concepto: *“Entre las muchas astucias que el demonio usa para engañar a los espirituales, -no a los que están empezando a luchar, sino a los espirituales que van*

avanzando—, *la más ordinaria es engañarnos debajo de especie de bien y no debajo de especie de mal, porque sabe que el mal conocido apenas lo tomará*”. Es decir, ¿por qué tenemos que discernir con otra persona?, porque me puedo engañar, es una tradición y desde fuera me pueden contrastar, me pueden percibir quizá puntos de vista y, sobre todo, afecciones que a mí me implican y que desde fuera se perciben mejor.

En todo caso, el fiel cristiano va a discernir con el pastor, la propuesta de discernimiento del Papa Francisco en ese documento es que el pastor discierna esas situaciones, pero evidentemente en diálogo con el fiel al que escucha, al que se atiende, al que se le enseña a discernir para que haga su proceso y, sobre lo que nos dice, hacemos nuestro discernimiento como pastores. Un discernimiento que también se puede engañar, yo me puedo engañar al discernir estas situaciones; por eso no está fuera de lugar —ni mucho menos— que ese discernimiento que yo hago y que muchas veces me afecta porque son situaciones dolorosas, donde hay personas, hay dolores, hay fracasos y aunque no sean familia cercana nuestra son personas que nos han consultado, que están cerca de nosotros, estoy afectado. A lo mejor que yo pastor consulte con otro pastor estas situaciones a ver si yo me distancio suficientemente, si yo no estoy demasiado implicado, si yo estoy buscando el bien y no me engaño, digo que esta consulta tampoco me parecerá a mí fuera de lugar, sino que podría ayudar más bien a ir acertando cada vez mejor en todo este tipo de problemática.

Todavía en el discernimiento, aunque es más discutible y más difícil, se puede discernir de otra manera, que es en grupo, en común; hay un discernimiento en común, una deliberación en común donde se pueden a lo mejor aprovechar ahí fuerzas de todos. Es el más complicado, pero imaginemos un grupo de gobierno que asesora a uno que tiene que gobernar, ahí se puede discernir, se pueden analizar humanamente las cosas pero también discernir cristianamente. Un equipo apostólico puede discernir, a veces no cosas muy concretas y pequeñas, inmediatas que hay que decidir las rápido, pero sí planes, objetivos; se puede discernir muchas cosas, respuestas ante situaciones conflictivas. En el caso que nos ocupa de las familias, de situaciones un poco difíciles de separados o divorciados, o vueltos a casar, personas en este tipo de situación, podría ser que en algún momento podríamos discernir en común con la pareja, o con la familia, o con la parte de familia si entraña un proceso; me suena un poco ideal, pero sería un proceso bonito de discernimiento. O el sujeto que nos consulta, él o ella, pueden a lo mejor, con sus hijos, hacer su proceso de oración, de discernimiento, lo mismo que de sanación y de perdón, o de lo que corresponda en ese momento pastoral.

El discernir en común es difícil pero no lo querría dejar de decir porque creo que en la vida eclesial sería muy renovador, en la vida eclesial en las comunidades pequeñas y

grandes. En la vida religiosa en la que yo me inscribo, sin duda ninguna: los jesuitas estamos educados en obedecer y ya está, y generalmente obedecemos bastante más de lo que la gente se cree. El discernimiento común no es eso sólo, con el superior o con el que te envía, que hay un discernimiento que hacer, sino una comunidad, un proyecto, un grupo de gente trabajando en común, todos buscando en la misma dirección potencia la verdad y la conclusión de una forma tremenda. Yo he participado en pocos discernimientos en común porque son muy largos y muy pesados, pero en los pocos que he participado he encontrado cosas muy bonitas, de decir “vamos a buscar la verdad”; no es lluvia de ideas a ver quién tiene la idea más brillante o más espiritual, sino “hoy buscamos todos en esta dirección”. Cuando los primeros jesuitas se reunieron la gran decisión era “formamos una congregación religiosa o no”; hoy hablamos sólo de que sí, razones a sí, mociones hacia sí, y mañana todos hacia el no, de modo que hoy estamos todos buscando una dirección y mañana estamos buscando todos en otra dirección, y pasado volvemos otra vez, y al siguiente, y al final tú escuchas a los otros con otro espíritu y al final muchas veces se encuentra esa especie de consenso que es mejor que la mayoría. Sin duda ninguna, un consenso que a lo mejor al cien por cien nunca es fácil, pero un consenso muy mayoritario donde el grupo minoritario se puede unir. Creo en el discernimiento en común, aunque lo hemos practicado poco, y entiendo que daría juego.

Finalmente sobre el discernimiento pastoral en esta primera parte, creo que el discernimiento pastoral es el discernimiento que hacen los pastores en el desempeño de su oficio pastoral, eso entiendo yo que es. Atender al pueblo de Dios, acompañar a discernir, a integrar al pueblo de Dios. En ese sentido integra todos los elementos de un buen discernimiento, plantea que tiene que incluir a lo mejor algún tipo de discernimiento doctrinal, discernimiento moral cuando haya que hacerlo, discernimiento verificador, también de enseñanza, pero es un discernimiento para bien de las almas, para bien de las personas, para bien de la comunidad en su conjunto, para la integración de estas personas en dificultades, etc. Un buen discernimiento que tiene que integrar muchas dimensiones y que el discernimiento pastoral lo hace el pastor pero lo puede hacer la Iglesia como tal. El Papa Francisco dice que la Iglesia debe discernir, o la Iglesia local debe discernir, es decir, un colectivo de pastores o de presbíteros en comunión con el obispo, etc.

Este discernimiento pastoral requiere sin duda ninguna unas actitudes y a lo mejor hay que ir viendo en qué consiste el método. En estas Cartas del Papa, en estas Exhortaciones, no se dice directamente cuál es el método, pero el discernimiento pastoral podría tener esta –digamos– clarificación: ir viendo cómo tendría que integrar

todos los elementos y, de alguna manera, ir llegando a ese discernimiento con el fiel cristiano que garantizara un discernimiento pastoral integral.

---

FIN DE LA PRIMERA PARTE

---

#### TURNOS DE PREGUNTAS, RESPUESTAS Y REFLEXIONES

*P. Sobre el discernimiento comunitario o pastoral si es comunitario, ya lo ha dicho que es difícil, yo creo que hay poca experiencia. Me gustaría un poco si pudiera decirnos algo sobre las condiciones, como punto de partida. No todo el proceso, pero condiciones que se deben de dar. Creo que a veces no se hace porque tampoco se dan las condiciones, que se necesita un clima, unas condiciones, unas actitudes como punto de partida de los miembros de esa comunidad, o de ese consejo –por ejemplo el consejo de pastoral, etc.–, a parte un poco lo que ha dicho. Si a nosotros nos cuesta el discernimiento en el ámbito seglar, creo que es un tema con un déficit grande, con poca experiencia.*

R. Condiciones iniciales: una sería que las personas que participan en el discernimiento comunitario o en común, hayan discernido personalmente, sean capaces. Creo que en ese sentido es una condición: haber hecho un poco de discernimiento personal. Por eso hay que educar también a los seglares, o sobre todo a la gente que colabora más un poco intensamente en la vida parroquial, en la vida del movimiento. Dentro de esas condiciones o actitudes está una famosa de toda la vida que es esta de la “indiferencia”, la indiferencia ante el objeto que vamos, indiferencia religiosa, indiferencia es libertad. Busco lo mejor, busco la voluntad de Dios, no busco nada para mí ni contra nadie; esa indiferencia a veces hay que prepararla con tiempo, hay que disponerse generalmente en la oración, trabajándose uno a sí mismo la indiferencia.

Para una deliberación comunitaria, para un discernimiento comunitario hay que tener un objeto preciso de discernimiento, no se discierne sobre la pastoral de la parroquia o sobre la vida comunitaria, sino sobre un punto concreto. O sea, tener un objeto más o menos claro ante el que sentir mociones y tener razones. Ante ese objeto que se va a discernir, habría que tener esta indiferencia.

Por ejemplo, ahora muchos religiosos y religiosas estamos uniendo provincias porque el número de vocaciones está bajando, unir provincias en España no es fácil. Entonces, vamos a ponernos libres, el tema es: unimos las provincias y ante eso ¿qué siento y qué pienso? Puedo pensar y sentir, pero como no me ponga indiferente ya sé yo lo que va a salir, y en algunas ha salido lo que todo el mundo sabía que iba a salir, no había indiferencia. Es verdad que a lo mejor no es tan grave organizarse de una manera o de otra, pues quizás no es tan grave, pero la indiferencia es muy necesaria.

La indiferencia se prepara; objeto clave de discernimiento ante el que discernir, oráculo; y luego en el método lo fundamental es ir todos en la misma dirección un día y otro día en otra dirección, pero todos juntos, no confrontar opiniones, no concurrencia de ideas múltiples, sino Sí por esto y por esto, y todos hablamos del Sí, y otro día todos hablamos del No, y entre medias de las reuniones pues oración. Yo creo que cada grupo o cada situación es un poco distinta, pero avanzar en eso, abrirme a la posibilidad de que el otro es iluminado por Dios y me tiene algo que decir; si yo me abro al otro este sería un cambio cualitativo que facilitaría la comunión.

*P. En la línea de lo que estás diciendo, el libro de Rupnik sobre el discernimiento tiene un capítulo dedicado al discernimiento comunitario con pautas muy concretas sobre cómo hacer ese discernimiento comunitario, yo aconsejo que se lea detenidamente. Ahí, además de lo que has dicho, por ejemplo, cuando me ha tocado acompañar algún discernimiento de vida monástica, has dicho, por ejemplo, un tema concreto que elija el discretorio normalmente de esa comunidad contemplativa, que pasen unos cuantos días rezando sobre el tema. Rupnik aconseja también hacer lectio divina sobre el aspecto del tema que van a discernir esa comunidad contemplativa, para que la Palabra de Dios sea la que hable, el escucharse con muchísima atención y que lleguen –como tú decías antes– a un consenso que sería practicar al máximo la sinodalidad que está recomendando el Papa Francisco, y dejar un tiempo para que lo que se ha hablado luego, pasado una semana o un mes, se discierna en la decisión que haya que tomar; por ejemplo si hay que fusionar los monasterios, o si que hay que aceptar a una persona en la vida contemplativa que viene de la vida activa, o cualquier otro tipo de decisión así concreta. Sobre todo rezarlo y escucharse mucho los miembros de esa comunidad. No sé hasta qué punto eso se puede aplicar a un consejo pastoral de una parroquia pero tal vez también si quiere el consejo pastoral ayudar al párroco en la decisión que haya que tomar sobre algún aspecto concreto de la parroquia.*

R. Yo no lo he visto, he participado un poco en un consejo parroquial sin ser párroco, sino miembro de una obra de la parroquia, y era muy amplio aquel consejo, había muy buena voluntad, pero veían que era muy difícil quizá entrar en un proceso de ese tipo, pero creo que todos estos lugares tendrían que poderse iluminar con esto que has dicho del discernimiento comunitario, que es lento y puede prolongarse en el tiempo, pero bueno, puede ir haciendo comunión.

*P. Pongo muy en duda que el ámbito de un consejo pastoral en la marcha ordinaria de una parroquia, o de una conferencia episcopal, sea el campo más adecuado. Creo que hay dos presupuestos básicos que nos has dicho: si el párroco, el que preside ese colectivo, no ha hecho su propio discernimiento y no se ha puesto en manos de un acompañante o de una dirección espiritual, difícilmente él podrá mover un grupo para hacer este discernimiento. Y segundo, el sacerdote que lo preside y los laicos, mi experiencia es que sí, trabajamos sinodalmente con los laicos, luchamos, tomamos decisiones en común, pero en este nivel más hondo de la oración, del discernimiento, y de buscar los caminos que pide Dios, la voluntad de Dios, yo no sé si eso es una asignatura que la tenemos muy verde. Es mi humilde aportación.*

R. Muy bien, son aportaciones, vale.

*P. A la luz de la intervención de ayer y la que se acaba de presentar, en el discernimiento personal da bastantes luces, a mí por lo menos de cara a cómo hacer mi discernimiento. Pero me encuentro muchas veces –y también a la luz de la Exhortación del Papa– que se me pide hacer un discernimiento sobre expediente matrimonial, sobre gente que está dejada y que no muchas veces quieren hacer un discernimiento. Porque la intervención de ahora sí que da como presupuesto que hay un encuentro personal con Jesucristo y que hay un camino de cara a la santidad, de ir a más y de encontrarse más con el que es todo para nosotros, pero me encuentro muchas veces con gente que está dejada y que este discernimiento le resulta extraño, les resulta directivo porque a veces discernir desde lo que el Magisterio nos presenta para muchos es muy hostil aunque para mí es una belleza, pero claro, me encuentro con esta dificultad de que se me pide ayudar, acompañar, animar en un discernimiento de gente que está dejada en muchas direcciones.*

R. Eso es cierto, y es parte del problema, en la segunda parte diré algo por entender esa situación. Yo creo que no es poco que el pastor haga su discernimiento. Yo como

dije no tengo especial experiencia pastoral de este tipo, pero cuando he acompañado a algunas personas con problemas de este tipo de pareja, de familia, ha sido un poco largamente. La persona que se deja acompañar largamente, que está en la hipótesis que el Papa Francisco – que habla de acompañamiento, no de una intervención puntual sino de un acompañamiento–, hay que partir fundamentalmente de dónde están y mirar nosotros hacia dónde vamos. Pero a lo mejor no señalarles hacia dónde vamos demasiado pronto a la gente porque no pueden, muchos llegan con el dolor, con la experiencia en carne viva y llegan posiblemente a la defensiva, “a ver qué me dice el cura”, o “ya sé lo que me va a decir el cura”. Entonces ojalá les cambiemos el chip y nos oigan cosas que no se esperan. Ahora, hay que partir de donde estén.

Hay una dificultad, esto es un ideal, el del discernimiento, que si no funciona con la gente colaboradora nuestra y no funciona en la vida religiosa muchas veces, en la vida eclesial no funciona porque requiere de un esfuerzo interior y exterior de método, pero también de disposición, pues con los fieles más difícilmente. Ahora, yo creo que sí hay fieles que piensan y que sienten, sobre todo gente que ha sido creyente y que de repente, por ejemplo, pues una mujer que ha sido abandonada por el marido queda revuelta y enfadada con Dios. Hay mociones, muchas mociones, a esa persona se la puede ayudar con un discernimiento, que a lo mejor al principio no va a ser muy directamente dirigido al tema de la pareja, pero sí al tema del encuentro con Dios, del significado de la cruz en su vida –cuando hay situaciones injustas, o arbitrarias, o de violencia–. Hay ahí un acompañamiento que hacer, un acompañamiento pastoral que yo diría que a lo mejor lo primero no sería el discernimiento, sino lo primero sería ese acompañamiento pastoral donde se le puede dar esperanza que su vida no se ha terminado, no se ha roto, ha habido ahí una fractura pero hay un horizonte para ti en el camino hacia Dios. Ahora, ¿eso va a reconstituir, va a ayudar?, bueno, de todo habrá, entiendo la dificultad que planteas claramente.

*P. Cuando hablabas del discernimiento pastoral decías que es el pastor el que tiene que hacer el discernimiento. Yo creo que el pastor ha de hacer también este discernimiento en compañía, creo que en ese sentido el equipo sacerdotal, el arciprestazgo, también puede ser un ámbito donde ese discernimiento del pastor puede estar también iluminado y suficientemente también contrastado para poder seguir haciendo ese discernimiento pastoral.*

R. Yo creo que también. Efectivamente el discernimiento que nos encontramos, como los casos difíciles que nos encontramos, tenemos que discernirlos nosotros en primer

lugar pero, sin duda ninguna, puede haber equipos arciprestales o equipos de colaboradores más bien a nivel de pastores, de sacerdotes, que puedan poner en común una cosa que es mucho más de lo que llamaríamos “estudio de casos”. No es que “os presento un caso difícil, un caso moral ¿qué hago?”, sino “hay una situación de este tipo, he escuchado esto, me ha tocado esto, he hecho este discernimiento. Cómo os suena, qué os parece, iluminarme, confirmarme...”, yo creo que efectivamente para situaciones de acompañamiento pastoral nuestro de estas situaciones, un equipo podría ayudar mucho a confirmar, a acertar, a compartir experiencias positivas y también evitar las negativas que haya habido. Ese sería un ámbito de discernimiento en cierto modo en común, un ámbito a lo mejor pequeño porque estas cosas no se pueden hablar en grandes grupos, pero un grupo donde hay confianza donde hay mirada espiritual, yo creo que sin duda ninguna eso sí se puede enriquecer y ayudaría mucho a acertar en los discernimientos pastorales que vamos haciendo.

---

Continuamos con esta segunda parte en el esquema que quiere ser un poco más práctica, por lo menos en el esquema formal del discernimiento pastoral, pues vamos a hablar de quién discierne, qué se discierne, o con el procedimiento, con el esquema general del procedimiento como pasos que habría que respetar o que incluir, y luego algunos elementos a considerar o algunos acentos.

Quién discierne. El discernimiento es un patrimonio de la Iglesia, no es de éste o de aquél. En este sentido todo el pueblo de Dios con sus pastores, todos estamos invitados a discernir y así nos lo dice también el catecismo de la Iglesia Católica en algunos números, cuando habla del discernimiento de los pastores, pero también del discernimiento del pueblo cristiano. Esa convicción que expresa el catecismo, aunque sin citarlo, la recoge el Papa Francisco por lo menos en este documento cuando dice que debemos discernir los laicos, por ejemplo, su vocación matrimonial. Se supone que el laico ha discernido su vocación al matrimonio, no se ha casado porque se ha encontrado un chico o una chica y se han gustado y han decidido casarse, entra el discernimiento desde ahí idealmente. Si eso no se ha hecho, pues evidentemente hay un camino por recorrer. Las dificultades de la familia es también algo que hay que discernir en familia, es decir, esos laicos. La familia también tiene que discernir el impacto cultural de los medios de comunicación social.

Son algunas alusiones que hace el Papa Francisco al discernir, por así decir, del pueblo de Dios, y entonces este discernimiento, que discierna, el ejercicio del discernimiento, no se le puede hurtar al fiel cristiano en situación de problemática. Otra cosa es que pueda, que haya que ayudarlo, etc., pero en principio el fiel cristiano tiene capacidad de discernir, está invitado a ello. El ideal podríamos decir que sería incorporarlo al discernimiento pastoral; no sólo proponerle las soluciones que nuestro discernimiento le pueda aportar, sino que en lo posible haya ahí una parte de discernimiento del fiel cristiano en situación problemática o irregular, que también se puede intentar o se debería intentar.

Pero en principio el discernimiento pastoral lo hace el pastor, lo hace el obispo –los obispos están citados expresamente– o el pastor en general, siempre hemos de entender el sacerdote fundamentalmente; puede ser también algún agente de pastoral, cualificado y preparado y de alguna manera delegado por la autoridad pastoral. También se supone siempre en comunión eclesial, en comunión con el obispo –algo de lo que se decía antes de trabajar en equipo–, o discernir en común algunas situaciones. Puede tener que ver con que lo normal, lo lógico, o ideal, sería que en la misma diócesis se trataran de forma

parecida los casos parecidos, es decir, que todo el mundo en comunión poco a poco fueran intercambiando experiencias y se fueran llegando a soluciones parecidas. Que no ocurriera –que eso suele desconcertar más al pueblo cristiano– que en una parroquia se haga una práctica en casos semejantes, que nunca son iguales sin duda alguna, pero que en la de al lado se hiciera lo contrario.

En este sentido el discernimiento pastoral tendería a esa comunión en la cabeza, que se tendría que transmitir también a todos los pastores. O sea, el pastor está invitado a discernir con delicadeza, con cuidado, con todas las actitudes que ahí se explican y algunas otras, un discernimiento que en lo posible puede incluir también a los fieles.

¿Qué se discierne? Primero habría que decir qué no se discierne. Eso ya lo sabemos, pero conviene recordarlo no sé si para vosotros, que ya lo sabéis, o también para la gente a la que invitamos a discernir.

No se discierne el ideal evangélico de la familia. El Evangelio en la Iglesia, en la tradición, ahí tiene un ideal evangélico, un ideal que encarna la familia, eso no se discierne. No se discierne el plan de Dios, lo que Dios quería. Al principio no fue así, lo decía Jesús en el Evangelio; por nuestra dureza luego Moisés hizo lo que pudo y hoy pues habrá que hacer lo que podamos, pero en principio no era así. Dios quería otra cosa, eso no se discierne, eso es el horizonte, hacia eso tendríamos que tener como referencia y caminar en lo posible hacia allí, acercándonos más o menos todo lo que se pueda.

No se discierne la bondad del Evangelio, no se discierne su verdad. No se discierne sobre la justicia y la injusticia. No se discierne si amar a los enemigos es bueno o malo, eso ya está discernido; “es que no puedo”, eso es otra cosa: ¿qué tengo que hacer con mi enemigo?, eso sí se puede discernir; ¿qué tengo que hacer con mi enemigo porque no lo puedo amar, pero soy cristiano y quiero progresar hacia ese ideal?, pues vamos a ver qué puedes hacer, a lo mejor no te vengues, o a lo mejor hay algún camino. Pero el ideal del Evangelio sigue igual para todos y también para la vida –por así decir– familiar o de pareja.

Se discierne el camino hacia el ideal, se discierne cómo voy pasando de uno a otro. Digo lo del amor al enemigo porque el tema del perdón cristiano, el perdón humano y la reconciliación de los pueblos cuando se han sufrido situaciones dolorosas, es un tema muy estudiado y muy difícil, y nos dicen una y otra vez –también los psicólogos y los sociólogos– que no se puede pasar del cero al infinito, no se puede pasar de la violencia, la injusticia absoluta, la tortura, etc., a la reconciliación de un país. La Iglesia sabe también que en las personas sucede algo parecido, hay un camino, el camino del odio y

del deseo de venganza que me suscita el dolor inicial al amor al enemigo puede haber pasos, los hay en sociología, los hay en psicología y los hay en el camino cristiano. En ese acompañamiento, por ejemplo del perdón –que muchísimas veces la ofensa y la injusticia están metidas en estas situaciones– hay reconocido un camino, de modo que este camino del perdón, que está reconocido como muy difícil, nos puede iluminar ese otro camino del amor cristiano de pareja, que es también un camino. Empezando por los que se casan a veces porque se quieren sencillamente, sin mucho mayor discernimiento, o a lo mejor tienen que aprender a lo largo de los primeros años de la vida en pareja a amarse de verdad y profundamente. Cuando estas parejas se rompen o cuando hay estas situaciones, el camino que hay que discernir hacia el ideal es muy largo, suele ser largo, es variado, tiene etapas, y ahí sí podemos hacer algo para discernir teniendo una claridad en el horizonte en el final.

También el Papa Francisco en la *Amoris Laetitia* dice que no se discierne si un pecador objetivo forma parte del ideal cristiano, eso no forma parte del ideal cristiano; ahora, usted tiene que estar ahí, eso no se discierne si forma parte, ahora cómo usted puede ir moviéndose desde donde está hacia otro punto, es lo que sí se puede discernir. En ese sentido no hay una doble moral, hay un ideal claro y hay luego una praxis pastoral en torno al discernimiento para ofrecer en concreto a las personas que están en esas situaciones.

Eso sería lo que no se discierne. En el discernimiento de espíritus se disciernen las mociones, las tres mociones o los tres tipos de mociones:

Mociones de Dios, pero las mociones de Dios hay que sentir las en la oración, lo habéis dicho antes también, en la lectio divina, en cualquier tipo de oración, en los sacramentos, en la Eucaristía. En la Eucaristía hay mociones –o debería haber o puede haber–, en la vida de fe, también en la vida cotidiana del trabajo, de la familia, de las relaciones. Las mociones del buen Espíritu que pueden venir –como dice por lo menos Ignacio de Loyola y al final la tradición la recoge y viene de atrás–, mociones directas de Dios, que mueve el corazón humano, como cuando Dios se comunica directamente. Pero también mociones indirectas, o mediadas, con causa, pero con causa que discernidas son evangélicas, son de Dios. Eso es lo que hay que discernir y lo que hay que seguir.

Luego hay que ver si hay mociones del mal Espíritu, claro que puede haber. Mociones del mal Espíritu pueden ser: el deseo de venganza, romper la baraja, el separarme de Dios, el separarme de la Iglesia. Puede haber muchas personas en estas situaciones que sientan mociones que, incluso si se lo preguntas, dirá “esto no es bueno pero no lo puedo

remediar, lo siento así”. Reconocer que están ahí, que te mueve el mal Espíritu, ese tipo de respuesta.

Luego las mociones del propio Espíritu. El propio Espíritu al final o se va con el bueno o se va con el malo, pero no es malo que sepamos discernir y antropológicamente puede ser muy bueno. Es decir, conocer la historia de la persona, los influjos que pueda tener. Cuando hablamos en dirección espiritual o en psicoterapia si es el caso, coloquios de crecimiento vocacional. Cuando hablamos con personas, las personas hablan de ellas pero hablan a veces de su padre, de su madre, cómo esa relación con su padre o con su madre, autoritaria o dejada, o de abandono, o de presión, o de exigencia de perfección o lo que sea, les ha marcado. Es decir, la psicología personal es hija de un proceso, de una historia, de una evolución psíquica, de un desarrollo natural, pero es hija, es decir, está condicionada, no estará determinada pero está condicionada.

Entonces hay cosas que mi psicología me pide porque lo he hecho siempre o porque es la reacción a lo que siempre me han dicho, y yo quiero lo contrario. En cualquier caso es mi propio Espíritu, y muchas veces sabemos que en el matrimonio, en la pareja, funciona el tema de la transferencia, es decir, uno o una se casa, se enamora, percibe en la otra persona –su pareja– rasgos transferenciales, que en el fondo no son sólo reales, es una simpatía que me evoca la simpatía de mi mamá que me quería mucho, o de mi papá que me prometía alivio frente a no sé qué cosas. Son relaciones donde el propio Espíritu ha suscitado mociones, vamos a llamarle así. No vamos a hacer psicoanálisis cuando hablamos con las personas, pero podemos entender que su propio Espíritu está condicionado.

Su propio Espíritu también de alguna forma la refleja la tradición, citando Kempis “*A veces nos movemos por la pasión –este es mi propio Espíritu, hemos de suponer– y pensamos ser celo de Dios*”. También lo dice Juan de Ávila, de aquellos movimientos espirituales de su tiempo: “*Y si les movía el corazón a hacer alguna obra, la habían de hacer, aunque fuese contra el mandato de Dios*”, es el propio Espíritu empeinado en hacer una obra. Sigue Juan de Ávila “*Creendo que aquella gana que en su corazón sentía –este es el propio Espíritu– era instinto y libertad del Espíritu Santo*” –que es la libertad de toda obligación de mandamiento de Dios–. Aquellos alumbrados del siglo XVI, los está viendo y tratando y percibe que el propio Espíritu puede tener, ellos se creían movidos por el Espíritu bueno pero desde fuera se venían movidos por el propio Espíritu.

En cualquier caso aludo otra vez a lo que habíamos dicho antes: estas cuestiones de discernir, tanto el bueno y el malo como el propio, que luego vienen muy mezclados existencialmente, tenemos que saber si todas estas memorias –porque cuando viene un

impacto, una moción a la memoria, hay una imaginación que me imagino proyecto, hay una expectativa–, si todo este mundo que es tan afectivo es consciente o es inconsciente; es decir, es consciente en lo que siento y veo –evidentemente– pero sí hay ahí motivaciones inconscientes funcionando. Cuando hago yo mi discernimiento, tendría que mirar un poco, o alguien me lo puede decir desde fuera. Cuando ayudo a discernir a otro o discierno con otro –por ejemplo con el fiel cristiano en estas situaciones– tengo que ver, tengo que intentar captar un poco ese mundo interior más complejo de lo que la mera formulación racional a veces indica.

Discernimos estas mociones y aquí, en *Amoris Laetitia*, capítulo octavo, discernimos estas situaciones problemáticas, cristianamente irregulares, de pareja o de nuevas parejas formadas, o de parejas del mismo sexo; aquí entraría absolutamente todo lo que sabemos que está en la cultura, a veces hiperatrofiado culturalmente, y otras veces como realidad que tenemos que reconocer. Son situaciones, aunque el Papa Francisco indica algunas, pero que se nos dice una y otra vez –yo creo que esto es importante saber– que son concretas, que son diferentes, no hay dos iguales, no hay dos experiencias iguales. En una separación, en una nueva unión, no hay dos experiencias, no hay dos itinerarios iguales, son situaciones circunstanciadas que hay que ver en particular, existencialmente delimitadas.

Ahí, aplicar una ley universal de lo que debería ser o de lo que es en principio el matrimonio, o la ley del amor cristiano, el modo de llevarlo, etc., choca; lo concreto no podría tan fácilmente encajar siempre en lo particular, y lo dice citando a Santo Tomás mismo el Papa Francisco en el capítulo octavo. Dice que por eso lo que discernimos son mociones que yo siento o que la persona siente, pero que también son estas situaciones particulares concretas, y discernimos los medios no los fines como hemos dicho, no qué sería lo mejor sino lo que ahora se podría hacer, el medio que podemos poner, el medio posible para que hoy esta persona se acerque un poco más a la Iglesia, se abra un poco más a Dios, o dé algún paso en esa dirección, la integración eclesial. La integración es una palabra que también nos invita el Papa Francisco, no hay que excluir, hay que integrar, por eso tenemos que discernir las formas de exclusión. La Iglesia tiene formas de exclusión de situaciones irregulares y dice el Papa que hay que discernirlas: bueno, son unas, se han de aplicar aquí, no se han de aplicar, de qué manera, pueden ser superadas. Y ahí entra todo ese mundo de las circunstancias “atenuantes”.

Esto sería lo que se discierne. El procedimiento, el esquema general que diría yo, los procedimientos, yo diría cuatro que tendrían que estar en todo discernimiento:

**Entender.** Acoger, escuchar, dialogar para entender la situación. Cuando una situación es compleja no se entiende en una conversación muy simple. Estoy separado o separada, me he vuelto a casar civilmente, esto no es todavía entender la situación, hay que escuchar mucho, hay que escuchar historias, hay que tener un diálogo o a lo mejor un acompañamiento. Pero primero captar, entender la situación, el problema, la circunstancia concreta.

**Discernir** propiamente dicho. Una vez que tengo todos los datos y todos los elementos, pasarlos por el corazón y por la cabeza, pasarlos por el entendimiento y por el afecto, pasarlos por los criterios evangélicos y por las realidades de dolor que ya en la primera parte, si he escuchado con empatía, me ha tocado de alguna forma, me he hecho cargo del peso que una persona me trae. La persona que va a venir a hablar con el sacerdote muchas veces no es la más culpable y a lo mejor es absolutamente inocente en esos percances, pero trae mucho dolor y viene abierta a hablar –digamos– delante de Dios y de su representación en la Tierra. Este discernir incluye la oración, incluye el estudio, a lo mejor tengo que estudiarme un poco el tema, el caso que me han contado, a lo mejor hay que consultar, y hay que ayudar también a que la otra persona aporte su discernimiento, aquel del que sea capaz. A veces es un impulso primero, es una reacción un poco más visceral, pero si es una persona creyente y si acude al sacerdote, algo está buscando y algo está suponiendo, por lo que hay que entrar y escuchar su discernimiento, al menos su primer discernimiento.

**Tomar decisiones**, que serían provisionales (ahora entraré a contaros un poco más).

El cuarto punto es **confirmar**. En el discernimiento se discierne, se decide y se confirma o no lo decidido.

Lo primero es escuchar, y ahí entran todas las cualidades que os han dicho a lo mejor ayer del acompañamiento y os dirán mañana de la escucha, una escucha activa, una escucha también respetuosa y delicada. Que la gente hable con libertad y de lo que quiera, pero a veces hay que preguntar, hay que clarificar, hay que aclararse un poco de algunas cosas. Ese diálogo clarificador, un diálogo que puede ser empático y acogedor, pero que no tendría que tener prisa por dar respuesta, porque no es “¿qué hago?”, sino apoyar a la persona que lo pasa mal. No hacer falta darles respuestas porque no son fáciles ni las respuestas van a arreglar tanto, esa respuesta primera, aunque es verdad que a veces una primera respuesta se le puede dar. Esta escucha, este diálogo, este primer contacto con la persona, se supone que necesita unas disposiciones en el pastor adecuadas. Esta –por supuesto– actitud creyente, también actitud pastoral no sólo jurídica o racional, sino de acogida de la persona que busca ayuda.

Hay que tener esto que decíamos antes de la indiferencia espiritual: yo quiero el bien de esta persona, qué le diría el Señor de esta persona; a veces no nos presiona nada especialmente, pero otras veces sí, nos puede presionar mi compañero de parroquia, o el párroco de al lado, o mis amigos y compañeros de seminario que opinan en estos casos una cosa y yo a lo mejor opino otra, a veces sentimos presiones, eso va contra la indiferencia. Yo tengo que buscar con el Evangelio en la mano y con esta persona en la otra qué es lo que realmente yo puedo aportar en esta situación. Como digo, creo que es muy difícil que en una sola conversación lleguemos a todo lo que hay que llegar, yo creo que este discernimiento –como dice también el Papa– tendría que ser en el contexto de un acompañamiento más amplio, en donde a lo mejor al principio hay que curar alguna herida, o suavizar, o dar consejos que no tienen que ver mucho con el discernimiento para entrar en la posibilidad de discernir.

Esta fase de discernir -vamos a usar esta expresión– es sentir y conocer, es decir, yo creo que el pastor tiene que saber las propias disposiciones y las propias reacciones ante lo que escucha, recoger sus sentimientos. A veces nos produce rabia, indignación o muchas cosas lo que oímos; luego tenemos que saber que estamos escuchando una parte, no la otra, a lo mejor no entiendo bien del todo, hay mucha confusión, o a lo mejor esa persona no es limpia del todo o es también culpable. Todo esto nosotros lo estamos cocinando dentro, eso hay que tenerlo en cuenta, todo eso me está afectando; no es que tengo que frenarlo o ignorarlo sino saber que está para que luego pueda yo hacer un paso más de cierta distancia, cierta indiferencia hacia esas emociones primeras o esos juicios primeros.

El pastor discierne poco a poco lo que él ve. Como digo que es un diálogo que generalmente se repite, si a la persona le digo “ve, piensa un poco, qué es lo que buscas, qué es lo que crees, qué es lo que te parece, qué es lo que Dios te pide, qué puedes hacer...”, si le remitimos un poco a que haga su discernimiento en la medida de lo que pueda, hay que escuchar también ese discernimiento porque nos va a dar claves de lo que es posible, del punto en el que está. Y también de la moción de Dios, sería lo bonito que encontráramos porque a veces hay gente muy generosa, hay gente que se culpabiliza por cosas que no tiene culpa ninguna. Hay que enseñar a discernir muchas veces liberando a la gente de una culpa inadecuada. Otras personas a lo mejor no sienten culpa ninguna, entonces habrá que ayudarles a ver que a lo mejor algo de efecto en el resultado han tenido ellos que hacer.

En todo caso ese “educar” a la persona, al fiel, para que discierna y haga su discernimiento; si la persona lo hace nos va a ayudar en nuestro propio discernimiento, de modo que de ese diálogo van saliendo las cosas y aquí es donde yo creo que el Papa Francisco, en el discernimiento del pastor, el pastor ha de ver estos atenuantes, esta falta

de libertad, falta de conocimiento, falta a lo mejor de limpieza inicial, de la pareja, del matrimonio inicial. Todos los elementos que pueda haber, porque no se busca tanto qué es lo ideal sino dónde estamos, cómo hemos llegado aquí y hacia dónde podemos caminar.

El tercer paso sería tomar las decisiones mejores, es una cosa circunstanciada, una cosa relativa, una cosa provisional. Muchas veces sabemos que el camino más recto no es el camino más recto, el camino para llegar a un sitio antes no es el derecho, no es la línea recta. A veces no es la aplicación de una norma, de una ley, la mejor manera de ayudar a una persona a dar un paso. Si la persona especialmente –como a veces percibimos– viene con recelo a la Iglesia, había que adelantarla por la izquierda, no nos esperan que seamos amables, acogedores o cercanos, y a lo mejor que mostráramos ese rostro misericordioso de Dios como fue la experiencia de muchas personas que se encontraron con Jesús, que se encontraron no con la ley de Moisés, sino con la ley del Nuevo Testamento, y aquello les desconcertó pero les convirtió. Esta sería parte de nuestra respuesta, nuestra decisión: cómo manifiesto yo mejor eso para que perciban, no sólo a mí, sino la Iglesia la perciban así y luego seguiremos caminando.

Lo ideal aquí, antes o después, sería en todo discernimiento que coincidan las mociones de uno y de otro, del que discierne y de su acompañante. Aquí lo ideal sería en situaciones difíciles de este tipo que el pastor y el fiel estuvieran de acuerdo en lo que ahora se puede hacer, yo creo que eso sería lo ideal porque seguimos caminando, seguimos buscando la voluntad de Dios y nos abrimos a que nuevas experiencias, nuevas situaciones, nueva oración o nuevas mociones de Dios, nos indiquen otro paso. De modo que al fiel hay que ayudarlo en lo posible a esto en el consenso, en la concordancia de los corazones; si esto no se diera el camino del discernimiento es más complicado, por lo menos entre dos. Al final el pastor tiene que discernir y a veces decidir cosas, y tiene que decir “esto sí y esto no”; eso sería una decisión fruto de su discernimiento pero menos fruto de un camino de discernimiento conjunto, aunque tiene que hacerlo. El fiel también podría decir “con este pastor no me entiendo, busco a otro”, esto sabemos que se hace, no sé si está bien o está mal. Estaría bien que todos los pastores en comunión con el obispo, tuvieran respuestas muy semejantes a problemas semejantes, sería lo ideal como decíamos antes pero es un ideal que no siempre se da.

En todo caso, después de hecho este tipo de decisiones, habría que confirmar la decisión, es decir, en pastor en su oración y en su vida un poco interior, tiene que confirmar “pues sí, creo que eso que hicimos está bien, esa decisión que hemos tomado está bien tomada y de momento eso es lo que hay que hacer”, y el fiel a su vez practicando –por así decir– esa parte de decisión que se ha tomado, también tendría que confirmarlo. Esto sería lo ideal.

Una vez confirmada la decisión se lleva a cabo y se va abriendo uno al siguiente punto, porque un discernimiento no se termina, el discernimiento se termina el último día, un minuto después de morir, estamos siempre buscando y hallando en lo posible la voluntad de Dios, que está siempre más allá de donde nosotros estamos viendo, y cuando llegamos a un horizonte se nos abre otro más luminoso y más amplio, en ese sentido vamos caminando hacia ese horizonte. Con estas personas muchas veces creo yo que sí se puede caminar, a lo mejor hay algunos pasos que no se podrán dar, pero otros sí se podrían dar. No bajo a cosas concretas porque, primero, no tengo experiencia y, segundo, no quiero meterme en berenjenales, pero ustedes pueden hacer asociaciones y pensar qué quiere decir esto para este tipo de situaciones, para otro tipo de situaciones sí se me ocurrirían ejemplos.

Estos serían los cuatro pasos que tendrían que mantener todo discernimiento bien hecho en lo posible. Muchas de estas situaciones no podrán entrar en todo esto, pero yo creo que estamos invitando a quien nos escuche o a quien nos acuda a nosotros, a esos sí los podemos meter en este proceso de discernimiento en donde yo, pastor, discierno, pero tú, fiel cristiano, a ti te habla Dios y Dios –incluso en este momento doloroso de tu vida– te mira diciendo algo y yo quiero ayudarte a que tú lo disciernas, lo aceptes y lo vayas haciendo en tu vida poco a poco.

Algunos elementos, subrayados, o algunas cuestiones más concretas dentro de este discernimiento: uno sería el tema del diálogo del discernimiento, que no digo nada sino que es muy importante, es decir, el método, los recursos, el modo de dialogar, puede espantar a las personas o puede acogerlas. Solamente un diálogo, hay personas que solamente desean ser escuchadas, que vienen con un problema y parece que piden una respuesta, pero si son escuchadas les basta. Esto nos lo dicen los psicólogos, y los santos, nos lo dice todo el mundo y la experiencia nos lo dice. Acoger y saber escuchar y saber respetar, y saber que la otra persona tiene una experiencia, que yo quiero ayudarla, eso sólo ya es para la mayoría de la gente un acto sanador, reconciliador e integrador. No digo más porque mañana creo que os hablarán de todo lo que podamos desarrollar en el diálogo, todos los recursos que podamos aprender y practicar, que hay que cuidarlo, no podemos ser muy espontáneos, hay que ir un poco sobre aviso, hay que ir preparados, hay que ir mentalizados, pero todo lo que hagamos ahí es pasos dados para el discernimiento.

Otro elemento concreto sería la persona concreta, porque no partimos de una situación cero absoluto, aunque partimos de cero, partimos de que vamos a empezar a construir. Empezamos ya afectados, la persona que viene, viene afectada, y cuando me empieza a contar su historia yo me afecto también. De modo que estamos en concreto, hay emociones, hay pensamientos, hay hasta posturas tomadas que a lo mejor habrá que

desprenderse de ellas. El pastor tiene valores, criterios, ideas, tiene prejuicios, tiene inclinaciones, tenemos, somos así, tenemos que saberlo. Yo soy una persona concreta y, ante una situación de este tipo problemática, probablemente se me revuelven más algunas cosas, más que si me vienen con un problema normal o sencillo de pastoral, o una consulta puramente formal que no me implica demasiado. Y todo esto, este pensamiento mío –por así decir–, este mi propio mundo interior, forma parte del discernimiento, tengo que reconocerlo. El fiel también los tiene, y tiene a veces prejuicios respecto a la Iglesia, a la moral cristiana, o al Evangelio. Somos dos personas concretas que cuando hablamos de estos problemas nos removemos. Pero entonces yo como pastor, cuando detecto esto y me procuro liberar un poco, me tengo que fijar en las circunstancias, en la persona concreta, en la historia de su matrimonio, en los hijos, en las crisis, en los esfuerzos que han hecho por a lo mejor superar, en las circunstancias, hay muchas.

Entonces reconocemos –nos lo dice el Papa también en la Exhortación– generalmente a personas frágiles, a veces decimos “¿y cómo te metiste en ese berenjenal, cómo te casaste con ese hombre o con esa mujer, no te diste cuenta, ya te dio avisos...?” Son personas frágiles, como nosotros somos frágiles, y cuanto mayores somos, como el Evangelio, reconoceremos que hemos metido la pata bastantes veces en la vida, nosotros no a lo mejor en ese terreno pero en otro seguro que lo habremos metido. Pues sí, son personas frágiles, pero esa fragilidad es concreta, y esa fragilidad no es un fiel cristiano que tendría que casarse idealmente de unas maneras y con unas condiciones que sabemos por la teología, por los sacramentos o por el derecho canónico, y con unas implicaciones y unos compromisos; pues no, es una persona frágil que a lo mejor era frágil antes, durante y después de la crisis de pareja. De modo que tenemos que mirar ese momento como historia, como momento de su historia de salvación, qué puede esta persona ahora. Ignacio de Loyola usa una expresión que me parece muy buena, que hay que proponer a la gente “*lo que descansadamente pueda llevar y aprovecharse de eso*”, o sea, que le haga bien. Qué puede llevar la gente, darle lo que pueda llevar y pueda servirle de utilidad en el fondo para dar un paso más, un psicólogo diría: hasta la próxima colina soleada; pues así, como un poco de esperanza, luego habrá otra colina detrás y poco a poco haremos el camino.

No miramos al ser humano hijo de Dios en abstracto sometido a la ley natural o a la ley de la Iglesia, sino sometido a la ley de la circunstancia histórica concreta existencial. Por tanto, como antes decíamos y creo que eso nos da libertad en la referencia clara: “salir santos como yo el Señor soy santo”, eso lo queremos, pero tenemos muy presente a la persona concreta que está en donde está.

Aquí es donde vendría un poco lo de la etapa espiritual que parece claramente la tradición del discernimiento y que creo que tiene aquí cierto modo de aplicarse. En la tradición se habla de etapas espirituales, hay las tres vías famosas, diversas formas de hablar, cardenales y espirituales, o purgativa, iluminativa y unitiva, hay muchos modos de hablar, y es uno de los conceptos generales en los que se inician, los que empiezan, los novicios, los primeros años, etc., y los que llevan más tiempo, o también tiran para adelante en la vida del seguimiento del Señor con cierta naturalidad. Aparecen dos tipos de tentaciones diferenciadas. Al principio las tentaciones son gruesas, son claras: “no aguantarás esta vida”, “por qué has dejado el dinero”, “no ves que vendiste tus bienes, tonto de ti, que cuando seas viejo no vas a poder trabajar y necesitas dinero”, “cómo vas a vivir solo toda tu vida sin una mujer, sin una familia”... Son tentaciones contra la vida monástica que empiezan aquellos hombres, abiertas y claras, lo que dice la tentación es “deja esto y vuélvete a la vida que llevabas antes”, esa es la tentación abierta. El monje lucha contra eso y unos pasan la tentación y supongo que otros no la pasan. El que pasa la tentación y se convence de que Dios lo quiere allí y sigue viviendo allí, empieza su vida de oración, de estudio, de trabajo.

Este monje, que ya está caminando digamos en la vía iluminativa, tiene otro tipo de tentaciones, que son las tentaciones de *bajo de especie de bien*; tentaciones sutiles donde no se le propone nada malo, sino cosas buenas: “haz cosas buenas”, “deja el desierto de Egipto y vete a Alejandría a predicar, verás cuánto bien haces”, y detrás de la predicación aparece la vanagloria, cada monje tiene sus tentaciones. Las otras también pueden continuar, por supuesto, las otras continúan siempre, pero estas bajo especie de bien son más sutiles y son más difíciles. Ignacio de Loyola las señala, por eso pone dos series de reglas para discernimiento de espíritus: las de la primera semana que llama él y las de segunda semana.

En la primera semana dice que uno es tentado grosera y abiertamente, y en la segunda semana es mucho más sutilmente. Ignacio recoge una tradición muy antigua que ni él mismo sabe de dónde la recoge: de todo lo que ha oído, en las confesiones, en las clases, en las lecturas, en los resúmenes, y dice una cosa muy sabia: lo mismo que cuando uno está en primera semana hay que aplicarle las reglas de primera semana, a este que está en primera semana no se te ocurra aplicarle las de segunda semana porque le harán daño; le harán bien las de la primera pero no las de la segunda. Es decir, el que está empezando, está empezando, y no hay que andar con sutilezas de la segunda semana, que sin embargo son muy importantes para religiosos, sacerdotes, personas que más o menos están establecidos en una vocación de entrega al Señor y

continúan en ella; a esos sí, a esos les hará bien practicarles las reglas de segunda semana.

¿Qué tiene que ver esto con las personas que estamos aquí tratando? Yo lo que entiendo que la mayoría, la gran mayoría de estas personas, por inteligentes que sean, por estudios que tengan, aunque hayan sido líderes espirituales o colaboradores eclesiales, son personas que en este momento y en esta etapa de la crisis de pareja se van a encontrar en lo que llamaríamos “primera semana de ejercicios”, en la primera etapa, en la lucha primera. Van a estar en la duda –yo creo que muchas veces– si rompen o no con la Iglesia, la Iglesia me entenderá o no, a veces acusan a Dios de que me ha roto la vida porque me he fiado del sacramento y ha salido mal, querrán romper las naves o romper todo vínculo. Están en una situación claramente de recomponer un vínculo muy básico con la Iglesia, y ojalá vengan, porque muchos sabemos que no vienen.

Estas personas necesitan escuchar al pastor un discurso de primera semana, no de segunda semana, un discurso de discernimiento básico, no de grandes sutilezas; un discurso en donde Dios te ama y Dios te comunica su amor por la consolación, y la desolación es del mal Espíritu, y si tú quieres romper eso no es de buen Espíritu, y si tú quieres enfadarte eso no es cosa del buen Espíritu, o sea, cosas muy básicas, muy iniciales. Reglas de primera semana. En ese sentido no hay que meter cosas que nosotros sabemos que existen: hay engaños, hay mezclas, hay sutilezas, pero no nos metamos ahora en eso, estamos en primera semana. Yo fui maestro de novicios, que fue una experiencia muy interesante en mi vida; el novicio es novicio, déjale que sea un poco indiscreto, no pasa nada, tiene que serlo. El seminarista de pocos años también, es como el novicio, tiene que ser un poco indiscreto, si es tan prudente mal seminarista es, hay que ser un poco audaz, espiritualmente.

Hay que discernir cosas no finas, no sutiles sino gruesas: Dios está aquí y el mal Espíritu está aquí, y cuando venga el mal Espíritu tú lucha contra él porque Dios te quiere ver feliz, contento, tranquilo y consolado espiritualmente. Hay que hablarles de la verdadera consolación, no cualquier alegría es consolación, pero hay que usar un lenguaje como muy llano, de primera llamada –vamos a llamarlo así– y solamente, cuando esta persona entra en un proceso posterior, es posible que haya que matizar cosas que él decida. En ese sentido creo que hay que fiarse de ese discernimiento de primera semana, de modo que a lo mejor en primera semana hay que tomar decisiones que a lo mejor a mí no me parecen muy bien, pero es que es lo que puede hacer y le vienen bien a esa persona, y después de esta decisión puede venir otra decisión mejor.

Trabajando la primera semana la persona pasará a segunda semana; vinculándose con el Dios que le anima en primera semana y luchando contra el mal Espíritu que le desanima en primera semana, irá captando dónde está Dios y donde está el mal Espíritu e irá respondiendo poco a poco –a lo largo de un tiempo, que puede ser un poco largo– y cada vez mejor.

Hablo de las etapas porque es claramente de la tradición espiritual, y hay que aplicarlo, no se aplica sólo cuando se hace ejercicios de mes, ni mucho menos, sino dónde, en qué etapa está la persona, dónde está situada. Entonces, qué lenguaje, qué terminología y qué criterios y elementos del discernimiento voy aportando. Yo sí creo –como os digo sin tener experiencia en este tipo de discernimientos concretos– sí creo que esta diferencia de etapas en otras circunstancias funciona, y cuando se trabaja bien en la primera semana se va pasando poco a poco a la segunda, la gente crece, y la gente que al principio parece que no sabe discernir apenas, poco a poco aprende a discernir y se hace mucho más sutil.

Aquí es donde entraría entonces, como conclusión, una cosa que yo creo que para algunos es una de las cosas más problemáticas de esta propuesta de Francisco, que es esta gradualidad que a veces nos encontramos con una verdad objetiva, con un pecado objetivo, con una irregularidad objetiva, y nos cuesta mucho decir a lo mejor que se viva de una manera intermedia, que no sea conforme al ideal de la Iglesia. Creo que teniendo presente a esa persona concreta y teniendo en cuenta esta gradualidad en el discernimiento, estas al menos dos grandes etapas de la vida espiritual, podemos entender que nuestras respuestas sean parciales, y va haciéndose a cada momento aquella respuesta que hoy descansadamente pueda llevar y aprovecharse de ello para dar un paso más en la comunión de la Iglesia y en el ideal que Dios le vaya proponiendo a esa persona en concreto.

El discernimiento continúa, evidentemente, queda abierto, no se cierra con las personas que quieren entrar en este proceso.

---

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

---

## TURNO DE PREGUNTAS, RESPUESTAS Y REFLEXIONES

*P. Hablaba ahora de la relación de acompañamiento y discernimiento, en el sentido de si el discernimiento implica permanentemente un acompañamiento, un contexto de acompañamiento, y si todo acompañamiento lleva consigo también siempre momentos o una situación permanente de discernimiento.*

R. Por un lado todo diálogo pastoral no tiene que implicar demasiado discernimiento. Hay un discernimiento que hace el pastor dialogando, pero también un diálogo pastoral más o menos puntual, que a veces sucede, una consulta en un momento de crisis, un diálogo que puede ser una vez o dos veces, ahí no da mucho margen para que haya discernimiento. O sea, que en el diálogo pastoral ordinario, puntual, de un pastor con los fieles, yo diría que el discernimiento del pastor siempre permanece porque está atento a las señales, pero yo no diría que ahí hay necesidad ni posibilidad de discernimiento. Por otro lado yo creo que un discernimiento se puede hacer sobre un tema durante un tiempo, que empieza y termina, lo mismo que hacemos un discernimiento vocacional: un joven nos puede venir a pedir ayuda para su discernimiento vocacional, le acompañamos durante un tiempo, y el discernimiento vocacional empieza y termina. Ahí durante ese tiempo sí hay acompañamiento, pero ese acompañamiento puede desaparecer después. En ese sentido el discernimiento sobre temas importantes sí requeriría creo yo un cierto acompañamiento, generalmente focalizado en el tema del discernimiento.

También diría yo que en un acompañamiento espiritual normal, si es prolongado, si es acompañar una vida un poco en proceso, sí hay que meter el discernimiento como parte del acompañamiento. No es sólo consejo o ayuda, orientación o instrucción, que tiene que haberlo, sino que también hay búsqueda: hacia dónde te lleva Dios, hacia dónde vas, yo lo pensaré, tú lo pensarás, cómo rezas, qué rezas, no solamente si rezo o no rezo sino qué mociones hay en la oración. En ese sentido hay discernimiento de la oración y hay discernimiento de lo que allí salga para tu vida.

En estas situaciones que habla la Carta, habla de un discernimiento responsable y serio, habla de discernimientos prolongados, siempre abiertos. El Papa por un lado dice que hay que acoger a estas personas, pero no da recetas fáciles, no dice “que haga esto y ya está”, no; esto hay que seguirlo y hay que verlo, este discernimiento pide un acompañamiento un poco largo. No tiene que ser semanal, por supuesto, pero es seguir un tema a lo largo de unos cuantos meses casi seguro, y a lo mejor años.

P. *Yo querría poner un poco de foco o de atención en estas charlas de estos dos o tres días, en algunas otras cosas que yo me he cruzado. Tengo como la necesidad de decir que tenemos que fijarnos mucho en la gente, es una interlocución. Tengo la impresión de que se habla mucho como si nosotros fuéramos propietarios y administradores de verdades divinas, humanas y soluciones. Eso por un lado. Por otro lado tengo la sensación que esto empalma mal con la cultura de la gente de hoy. Creo que hoy la gente no quiere, además rechaza, que alguien le venga a decir, justamente además nosotros tenemos yo creo un factor que a lo mejor no tiene por qué ser de descrédito, pero claro, que una pareja de 28 o de 30 venga a ver dice “este viejo solterón ¿me va a mí?, ¿pero de cuándo?, ¿hasta dónde?”. Nos tenemos que poner, lo mismo que en las charlas, en estas cosas que nos estáis diciendo, estáis poniendo en mi criterio excesivo énfasis, como si tuviéramos la verdad, todas las soluciones, somos además propietarios y dispensadores. A mí esto no me huele bien en nuestro mundo y en nuestra cultura*

*Y segundo, creo que en la reflexión de la Iglesia y de los grupos que nos reunimos, tendríamos que poner también un foco importante en qué tipo de gente es la que nos llega, con qué mentalidad, con qué experiencias y con qué expectativas.*

R. Primero yo creo que efectivamente los que nos vienen en estas situaciones irregulares son pocos y yo creo que quisiéramos que nos vinieran más, de modo que yo creo que también aquí correría la voz si a los pocos que vengan, porque están motivados y tienen alguna sensibilidad moral, religiosa o lo que sea, si a esos los atendemos bien yo estoy seguro que nos vendrán más, el efecto llamada funciona. Si sabemos acoger como el Señor acogería a estas personas. El discernimiento que hablamos aquí –yo creo que el Papa Francisco hace lo mismo– supone que nosotros no somos dueños ni dispensadores, no somos dueños de nada, pero sí somos formados teológicamente y filosóficamente en una mentalidad, y una mentalidad más bien teológica o de ideal, y en ese sentido sí quizás tenemos que hacer un esfuerzo –que creo que indica el Papa Francisco– hacia lo concreto de la vida. Él no habla mucho de la cultura del tiempo porque no es criterio único principal, pero sí habla de la persona concreta, de la persona que sufre, de la persona que tiene dificultades, de la persona que no ha acertado en su vida o que se ha visto frustrado su proyecto.

Esa cercanía a la persona concreta nos hace no relativizar, pero sí entrar en otro proceso distinto del que a lo mejor una teología nos ha enseñado o nos ha transmitido, porque el Evangelio no es nuestro, el Evangelio es del Señor. Sin embargo el Papa nos invita: ahora este Evangelio aplícalo a persona concreta, mira más una persona concreta que el ideal de la ley cristiana. En ese sentido lo que yo querría decir que esa

cercanía, que me parece que es la que tú propones, a la persona concreta, sí forma parte del discernimiento cristiano. El discernimiento cristiano tiene que tener en cuenta a la persona concreta.

*P. Perdona, el tono, el clima de superioridad. Es verdad que cuando yo voy al médico reconozco que sabe medicina y que yo lo necesito, pero a ver cómo me trata, y a ver si no se me sube a las barbas.*

R. Bien, eso hay que hacer. Mañana os propondrá Ana García Mina las formas de estar cerca de la gente sin superioridad, seguro, lo hace muy bien.

*P. Sería también interesante si nos puedes ayudar en cómo ves tú el tema de los discernimientos en los procesos de la iniciación cristiana. Es verdad que sería fácil con adultos a la hora de acompañarles, a la hora de quiero bautizarme, quiero recibir el sacramento de la confirmación, etc., o completar mi iniciación cristiana y ver un poco desde las claves que nos da la Iglesia tanto en el ritual de iniciación cristiana de adultos, los puntos y las etapas que hay que ir acompañando, los momentos, lo que significa cada una de esas etapas, etc. Pero también con los niños, con los adolescentes, el hecho de que es importante ayudar a los catequistas a que sepan reconocer el proceso que está llevando ese niño, no sólo si aprende o no aprende, sino que si eso que está aprendiendo le ayuda en la vida, las dificultades que tiene para vivir conforme a eso que está recibiendo en la fe. Vemos que muchos catequistas cuando les hablas de esas cuestiones y quieren saber de este asunto pues les ponen muy nerviosos, “eso que lo haga el cura”. Cómo podríamos ayudar porque yo creo que si lo consiguiéramos esto iniciar en esas etapas primeras de donde se va formando y conformando ese modo de seguir a Jesucristo, de ser cristiano, pues ayudaría a que luego esto nuestros fieles cristianos lo integraran en su vida porque creo que a veces esto es un meteorito que viene y no hay manera de saberlo encajar. Si nos puedes ayudar en eso, si nos puedes decir algunas palabras al respecto.*

R. Lo que me suena de lo que me dices es confirmar que, efectivamente, si en la iniciación cristiana se va incorporando el estilo de discernimiento, todo va a ir mejor, el pueblo de Dios saldrá más sensible y capaz. En la iniciación cristiana de alguna manera yo entiendo que hay una cosa que es la propuesta –ahí está la catequesis y la enseñanza, es kerygma, es anuncio, es un fogonazo estructurado– y la experiencia. Entonces ¿cómo ayudamos a los que se inician a la experiencia?, ese sería un elemento que facilita experiencia discernida, porque lo que vamos a discernir no es la propuesta catequética, que está mejor o peor pedagógicamente, ahora, que la experiencia que proponemos puede ser no sólo propuesta de experiencia sino experiencia discernida,

que le enseñemos a la gente no sólo a rezar, sino a discernir su oración. Hablando con unas religiosas de vida contemplativa que conocí una vez, me decían “nosotras rezamos mucho pero no examinamos la oración”, simplificando un poco, y San Ignacio en el mes de ejercicios te pone cuatro o cinco horas de oración, si estás tú sólo, el día con cuatro horas o cinco no lo llenas, pero no es importante hacer cuatro o cinco horas, lo importante es discernir lo que pasa en esas horas. El examen de oración que dura quince minutos después de cada hora, te ilumina esa hora, hay que discernir la experiencia, no sólo hacer experiencia. En ese sentido yo diría que en la iniciación cristiana creo que también a los catequistas se les podría ayudar a que aprendieran a discernir la experiencia de los niños o de los adultos, que pusieran en común la oración, grupos de oración. Ese comienzo de experiencia discernida creo que es un buen camino para reforzar lo que se hace en iniciación cristiana.

Madrid, 15 de marzo de 2017